



Como al caid de “Ciudadela” “me llegó el consuelo de envejecer. Y de ser un árbol cargado de ramas”. Buscando entre esas ramas hallé, como frutos, muchos recuerdos que más tarde fui ampliando con referencias ajenas, lecturas y sondeos. Pude armar en un cuaderno de apretadas líneas el folletín que hoy he traído para contarles. ¿Por qué aquí? Porque fue, tal vez, mi paso por la dirección de la AF de Concordia el que me permitió acceder a personas y lugares a los que, de otra manera, no hubiera llegado y es propicia la ocasión para agradecerlo. Lo es también para agradecer vuestra invitación que me permitirá difundir, ante una calificada asamblea, pequeñas historias pueblerinas en las que aparece, “cousu de fil blanc”, el espíritu de Francia.

Recién instalados en Concordia, era el año 1953, me tocó vivir en la Estación Experimental –más tarde el INTA- un establecimiento citrícola vecino al entonces casi selvático Parque Rivadavia, a orillas del Salto Chico; el “San Carlos” fundado en 1888 por el empresario francés Edouard Demachy para instalar un saladero y otras industrias derivadas de la ganadería.

Es “San Carlos” protagonista y testigo de un pasado de Concordia. Las ruinas de “San Carlos” –un foco de interés turístico a orillas del Uruguay, cerca de Concordia, en Entre Ríos- revelan, a primera vista, el espíritu pujante de quien hizo construir esa residencia a fines del siglo pasado. Si bien creemos que su aspecto no debió ser todo lo ostentoso que se pretende, la piedra de los muros, el hierro de las rejas del patio de honor y de los ventanales, las ahora faltantes losas de mármol blanco y negro de las terrazas, mostrarían –en medio de ese paisaje abierto al río- el aprecio del constructor por los materiales nobles que, aún hoy, dan idea de solidez y durabilidad.

El “castillo” (tomé la 3ª acepción del P.R. para traducir “château”: habitación del amo de una vasta propiedad. Hermosa y amplia casa de campo”) fue construido en 1888. Se dice que Mme. Demachy madre lo hizo levantar para morada de su hijo Edouard y familia, su mujer y un hijo pequeño. Posiblemente se lo levantó también como sede de la administración del establecimiento saladeril que éste vino a regentear. Existen comprobantes de la rapidez con que fue construido y se sabe también cuál fue su costo. Ambos datos certifican la esplendidez de los recursos: no se escatimaron jornales de obreros ni se mezquinó en la calidad de los materiales.

La llegada de Edouard Demachy al puerto de Concordia, o al de Salto en el Uruguay, en barco propio, trayendo en las bodegas muebles, cuadros, cortinados, esculturas, alfombras, vajilla y platería, objetos todos valiosos y elegidos con refinado gusto, no asombraría a la comunidad concordiense de entonces porque ya se había intuido, o conocido, la opulencia de los nuevos propietarios durante la construcción del castillo, antes de su arribo. Al instalarse la industria – saladero, velería, fábricas de hielo y de jabón – en el sitio que ocuparon desde 1888, al lugar se lo llamó “San Carlos” en honor de M. Charles Auguste Demachy, banquero lionés padre de Edouard, capitalista del emprendimiento.

Nada importa ahora que en las ruinas del castillo no queden rastros de aquella magnificencia que lo adornaba. Tan inusitada resulta la presencia de ese edificio mutilado, semi derruido, en medio de las verdes lomadas junto al río turbulento que, al verlo, la imaginación se desboca.

Las ruinas son apenas centenarias. Hasta hace poco más de 60 años “el castillo” aún servía de vivienda familiar, amplia y confortable. Resulta difícil, entonces, separar los datos verídicos que en viejos archivos se guardan, del relato romancesco que surge como leyenda pueblerina: ese deslumbrante y fugaz ajeteo que animó los días y las noches de aquella suntuosa “mansión del francés”.

Edouard Demachy no se limitó a construir un edificio ostentoso, ni a alhajarlo con tapices, gobelinos y muebles de estilo que por su rareza en el medio admirarían a algunos visitantes y a la servidumbre. Hombre de solvencia económica y de visión progresista instaló a orillas del Uruguay una empresa rentable empleando los elementos que la zona proporcionaba para levantar nuevas industrias. Dio trabajo a más de 900 individuos e hizo construir en su predio, realizando desconocida obra social, casas habitación en piedra y madera de la región, para alojamiento de obreros. Hijo de un hombre que mostraba en sus múltiples facetas no pocos éxitos y el título de Caballero de la Legión de Honor, Edouard llegó a Concordia con su mujer, hermosa y mundana cuyo nombre había quedado en el olvido, en el misterio hasta fecha reciente.

Pájaros mansos, diferentes en su canto, su vuelo y su plumaje a todos los por él conocidos en Europa; pequeñas flores tachonando las lomadas, la poderosa sugestión de la tierra rojiza y arenosa; el viento en los matorrales y el cadencioso vaivén de las aguas del río, tan caudaloso como transparente, debieron tener para el viajero un poderoso atractivo y —con esperanzas— organizó aquí una nueva vida. Hizo edificar su residencia frente al río en lo alto de una lomada donde los paisajes se despliegan en armoniosa simetría. En el parque plantó nuevos árboles de especies foráneas, hizo de las lomadas jardines, que daban al lugar una nueva fisonomía, cambió cierto aspecto del lugar como para enmarcar una generosa y refinada manera de vivir.

En 1892 Edouard Demachy viajó a Francia con su familia. Dejó su casa puesta, pero nunca más volvió a Concordia. ¿Qué hechos jugaron en la vida de este hombre para esa aparente huida embozada de misterio? ¿Desavenencias familiares por el forzoso trasplante? ¿Algún oscuro, equívoco error en sus inquietudes empresariales? Nadie ha podido responder con exactitud los interrogantes. Y así nació y creció la leyenda alrededor de este personaje detrás de quien quedaban los años de un París vivido, sin duda, intensamente: sus años de estudio, las correrías de la adolescencia, el dibujo de sus amores, las fiestas palaciegas, las noches de estreno, su gusto —en suma— por las delicadezas del espíritu y por una vida signada por la comodidad y el lujo.

Llegó a tierras entrerrianas a fines de invierno. Una crónica del diario local señalaba lo siguiente: “Procedente de París llegó M. Edouard Demachy un francés de gentil apostura, capa negra y mostacho borgoñés cuyos modales rumbosos trasuntan el reflejo de una existencia acomodada. No es conde, ni marqués, ni senador, es algo más que todo eso: es el hijo de uno de los banqueros más opulentos de Francia con cuyo capital sostendrá la instalación de un saladero, la velería, la jabonería y una fábrica de hielo en nuestras costas”.

El castillo, casi como un hijo suyo, creció en el romanticismo que fue la prolongación de su nombre. Habitaciones decoradas con gusto, mármoles traídos de Italia que cobraban resplandor cuando la luz entraba a raudales, barandas majestuosas, cuadros valiosos, maderas labradas cubriendo las paredes, telas suntuosas velando los ventanales y hasta misteriosos sótanos destinados no se sabe bien a qué usos, trataban de evocar —¿quién lo duda?— los fastos lejanos y añorados. E.D. tuvo seguramente conciencia del esplendor que levantaba en esta tierra arisca y pródiga dejando atisbar a los lugareños algo del brillo de su refinamiento. El castillo participaba de estas características alcanzando el futuro significado legendario que el tiempo no podrá destruir.

Al partir Demachy quedaba la inercia del trabajo puesto en marcha, la insatisfacción de los acreedores, las conjeturas del personal. Durante un tiempo bastante largo, por la buena gestión de sus administradores, el establecimiento siguió produciendo. Al suspenderse los envíos de capital operativo desde Francia, las deudas determinaron la bancarrota. La propiedad salió a venta pública, mas nadie la adquirió. Los impuestos impagos causaron la incautación del bien por el municipio. En una época éste lo cedió en préstamo al vecino regimiento de caballería, luego fue alquilado a particulares como lugar de veraneo, más tarde fue campo arrendado con vivienda familiar amoblada. Nuevos habitantes llenaron los vastos aposentos del castillo. Ilustres visitantes certificaron su paso por allí, como Antoine de Saint Exupéry. El poeta aviador huésped de los arrendatarios M. y Mme. Fuchs Valon, en 1929/30. Fue él quien señaló en el cap. 5º de su libro “Tierra de Hombres”... “en un recodo del camino se descubrió a la luz de la luna un bosquecillo y, detrás de esos árboles, una casa. ¡Qué casa extraña! Compacta, maciza, casi una ciudadela. Castillo de leyenda que ofrecía al trasponer el porche un refugio tan apacible, tan seguro, tan protegido como un monasterio”. Más tarde el municipio no renovó los contratos pactados con M. Fuchs.

Al quedar vacía, la casa fue poco a poco desvalijada y en un incendio que se presume intencional para ocultar los saqueos, se perdió lo que aún quedaba a fines de los 30. Ardieron los pisos y las vigas de los techos, el maderamen tallado que ornaba las paredes de los salones y los dinteles de las chimeneas. Las chapas de los techos cayeron al faltarles apoyo y pronto fueron llevadas por los desconocidos de siempre. Al desprenderse los revoques dejaron a la vista cañerías de cobre que, en un alarde de

modernidad. M. Demachy había hecho instalar para el gas pobre que un equipo propio producía par sus lámparas. En los años 40, fecha del incendio, en plena guerra europea, ese cobre despertó la codicia de algunos que, para venderlo a los acopiadores de metal, no vacilaron en arrancar las cañerías aflojando así la mampostería. Como venas desangradas se perfilan aún hoy esas instalaciones en las paredes ruinosas del edificio.

El agua de las lluvias, el azote del sol del verano, los fuertes vientos primaverales, sumaron a aquellos estragos, los naturales. Las depredaciones se sucedieron, el tiempo y la carcoma sumaron su desgarró y, abandonado a su suerte el otrora castillo, mansión o gran casco de campo fue perdiendo primero su gracia, su integridad después y bien pronto hasta su dignidad... las cocheras, único ámbito techado, se convirtieron en refugio de linyeras y de malvivientes. Deshonrado por la decadencia terminó en las ruinas que vemos en la actualidad.

La comunidad reaccionó ante la desidia municipal y, poco a poco, el parque que lo rodeaba y hasta el castillo ruinoso, fueron objeto de atención y de cuidados. Hoy muchos proyectos de grupos dispares se centran en el rescate de estas ruinas, símbolo de una identidad cultural heredada que nos compromete a todos.

Por los años en que Demachy abandonaba Concordia para siempre, la industria frigorífica argentina ya tenía forma: otro francés, Eugène Terrasson, propietario del saladero "San Luis" en San Nicolás (Bs.As.) levantó el primer frigorífico a orillas del Paraná. Pronto siguió Sansinena con "La Negra" y los Nelson que, en 1896, fundaron otra planta cerca de Zárate.

Edouard Demachy es ya una leyenda en la imaginación popular. Leyenda las fastuosas fiestas, las industrias, la fábrica de hielo, ya que toda su realidad quedó envuelta en la malla sutil de una novela cuya conclusión queda en la imaginación de los visitantes. Pero el castillo no ha muerto como mueren algunos sueños, algunas ilusiones, las quimeras de prontas y fáciles ganancias... Mutilado, herido, despojada su estructura de la cobertura de techos, de puertas, escaleras, ventanales y persianas se yergue como descarnado esqueleto frente al río inmutable. Con la altivez de su noble origen, desafiando con la fuerza que da el orgullo, los insidiosos ataques del tiempo.

Acaso esta resistencia a caer nos esté señalando un camino, enviando un mensaje que nos fuerce a reconocer su valor. Aquella febril actividad laboriosa, aquellos fastos ciertos –o imaginados luego- fueron esa, su vida, que no compartimos. Este presente es un recuerdo que se mantiene y que, en cierta forma, se nos impone obligándonos a respetar –y aún a admirar- sus restos.